

una pieza de artillería y parte de sus municiones. Los españoles no dudaron desde este momento de su victoria, pero Sucre no perdió la esperanza.

Desde Corpahuaico se inició una doble marcha, táctica y estratégica, de que la historia militar del mundo no presenta ejemplo, y que sólo puede explicarse por la naturaleza montañosa del terreno. Los dos ejércitos beligerantes marcharon á la vista uno de otro: los realistas por las alturas de uno de los ramales de la cordillera occidental; los independientes por las faldas de la cordillera oriental; interceptados ambos por un abismo. Al desembocar al valle de Acrococos, Sucre presentó batalla; pero no fué aceptada (4 de diciembre). En este punto, los realistas se inclinaron sobre su izquierda (oeste), haciendo un rodeo para ocupar con anticipación el camino de Jauja. El virrey quería empeñar la batalla en condiciones de que no se escapase un solo hombre. Siguió en dirección á Huamanguilla (al sud de Huanta), contorneando el flanco izquierdo de los independientes, hasta cortarles por segunda vez la retirada. Mandó cortar todos los puentes y cerrar todos los desfiladeros á su retaguardia, y empezó á maniobrar en el sentido de trabar la pelea en palenque cerrado. Las poblaciones entre Jauja y Huamanga se sublevaron en favor de los realistas. Una columna salida de Jauja para reforzar á Sucre, fué rechazada, y todos los convoyes de los independientes en este trayecto fueron interceptados, y los enfermos de sus hospitales degollados. La posición de Sucre era crítica: estaba entre la victoria ó la muerte. En la retirada, había perdido más de 600 hombres, y el efectivo de su ejército no alcanzaba á 6,000 plazas. Los españoles-peruanos, contaban con más de 9,000 hombres. Situado el ejército unido entre Huamanga y Huamanguilla, con la cordillera oriental y occidental sobre sus flancos, en un valle abierto, aunque accidentado por colinas y barrancos profundos, podía ser atacado por su frente ó por su

izquierda. Este lugar, se llamaba Ayacucho, y debía ser el último campo de batalla de independientes y realistas en la América del Sud.

IX

Los independientes en la posición que ocupaban, tenían á su frente la serranía de Huanta, detrás de la cual maniobraba el virrey, y sobre su derecha las alturas de Condorkanqui, único punto accesible de la cordillera oriental, cuyo dominio tenían los realistas (6 de diciembre). En la tarde del 8 coronó el ejército español las alturas de Condorkanqui. Por allí venía el ataque. Sucre dió el frente á Condorkanqui. Dos horas después de ponerse el sol se empeñaron las primeras guerrillas al pie de la cuesta. El ejército unido estaba formado en el llano, casi á tiro de cañón del enemigo.

El ejército unido se componía de 4,500 colombianos, que constituían su base y su nervio, 1,200 peruanos, cuyos cuerpos mandados en parte por jefes argentinos, y 80 argentinos, último resto del ejército de los Andes. La derecha, mandada por Córdoba, general de veinticinco años, se componía de cuatro batallones colombianos. El centro, á cargo de Miller, lo formaban los escuadrones peruanos de Húsares de Junín, los regimientos de Granaderos y Húsares de Colombia, y el escuadrón de Granaderos á Caballo de Buenos Aires. Á la izquierda, á órdenes de La Mar, estaban, la Legión peruana y los batallones núm. 1, 2 y 3 del Perú. La división de reserva, mandada por el general Lara, constaba de tres batallones colombianos. Una pieza de á 4, era toda la artillería del Ejército unido. El ejército realista estaba compuesto de españoles y peruanos. Valdés, con 4 batallones, 2 escuadrones y 4 piezas de artillería ocupaba la derecha. Seguía la segunda división al mando del general Villalobos,

fuerte de cinco batallones. La división Monet, con cinco batallones cubría la izquierda. Diez escuadrones con 7 piezas de artillería, escalonados en dos líneas á retaguardia, cerraban el flanco izquierdo.

Al amanecer del día jueves, 9 de diciembre de 1824, el sol se levantó radiante tras la gigantesca cumbre de los Andes orientales. Sucre recorrió á caballo la línea del ejército, proclamando á los soldados en alta voz: « De los esfuerzos de este día, depende la suerte de la América del Sud! » En esos momentos las columnas de ataque españolas descendían las cuestas de Condorkanqui, y agregó con acento inspirado: « Otro día de gloria va á coronar vuestra constancia ». Los fuegos de las guerrillas y algunos cañonazos disparados de parte á parte dieron la primera señal del combate. Eran las 9 de la mañana. Á las 10 de la mañana, los españoles situaban cinco piezas de artillería, protegidas por un batallón, al pie de la altura, y avanzaban de frente en masa con su izquierda y centro, ocultando el movimiento de su derecha, destinada á flanquear la izquierda republicana. El virrey marchaba á pie á la cabeza del centro.

El campo de batalla en que se iban á medir los dos ejércitos, es una llanura que desde el pie del Condorkanqui se extiende hacia el valle ó pampa de Ayacucho. Su configuración es la de un cuadrado, y su extensión, como 600 kilómetros de sud á norte y 350 de este á oeste. En su fondo occidental, se eleva una loma de suave pendiente, que se desarrolla en toda su longitud. En este punto estaba formado el ejército unido. Los flancos están cubiertos por ásperas quebradas, siendo la del sud (derecha independiente) absolutamente impracticable. La mayor parte del frente en la prolongación de norte á sud, lo atraviesa un barranco, que los españoles tenían que salvar, pero que puede ser despuntado por la extremidad sud. En este punto fué donde los españoles establecieron su primera batería.

La división Valdés inició la batalla por su derecha, desalojando las compañías de cazadores de los independientes avanzadas sobre el barranco del frente. Al sonar los primeros tiros, una parte del centro realista, comprometió á paso de carrera el ataque, con dos batallones seguidos por la línea de tiradores, con el propósito de flanquear la derecha opuesta. La división colombiana que defendía este punto, permanecía inmóvil á pie firme. Sucre reforzó su izquierda con un batallón y ordenó que Córdoba cargase rápidamente, protegido por la caballería de Miller. El joven general, levantó en alto su sombrero, y dió la famosa voz de mando que ha dado relieve á su heroica figura: « ¡Adelante! ¡Paso de vencedores! ¡Armas á discreción! » Y cargó con ímpetu irresistible formado en dos columnas paralelas, con la caballería en el claro. La infantería enemiga que se había avanzado, fué atacada á bayoneta, y por algunos minutos la victoria estuvo indecisa. Los españoles pretendieron decidir el combate lanzando ocho escuadrones á fondo, pero fueron arrollados por los regimientos de caballería de Colombia al mando del general Laurencio Silva. El campo quedó por los independientes. La artillería realista de este flanco, quedó inutilizada, antes de poder romper sus fuegos. La derecha del centro de los realistas (general Monet), que se hallaba intacta, acudió á restablecer el combate; pero antes de pasar toda ella el barranco, fué atacada de firme por la división de reserva al mando de Lara, apoyada por la caballería colombiana, y retrocedió en desorden. Tres nuevos escuadrones salieron al encuentro. Los ginetes colombianos á pie firme, con sus enormes lanzas enristradas les infundieron pavor, y fueron exterminados. El virrey se lanzó valerosamente en medio de sus tropas desbaratadas, con ánimo de renovar la pelea; pero derribado de su caballo con seis heridas, fué hecho prisionero con más de mil de sus soldados.

Mientras tanto, Valdés con tres batallones y cuatro piezas

de montaña, había penetrado por la izquierda republicana y abierto fuegos sobre el flanco de la división peruana al mando de La Mar, que ya empezaba á cejar, cuando acudió el batallón colombiano destinado á reforzarla, y sucesivamente los Húsares peruanos de Junín mandados por Suárez, sostenidos por los Granaderos de Buenos Aires á órdenes de Brueix, con Miller á su cabeza, que decidieron el último combate. La batalla estaba ganada en toda la línea. Era la una del día. Valdés desesperado, al ver su tropa en fuga, se sentó sobre una piedra para esperar la muerte; pero sus oficiales le obligaron á replegarse á la cumbre de la montaña, donde se reunieron todos los generales vencidos con sus últimos dispersos, huérfanos de su virrey y general en jefe. Canterac asumió el mando y capituló con el vencedor, que le concedió generosamente condiciones honrosas. La guerra de la independencia de la América meridional estaba terminada, y su emancipación por siempre asegurada. Según la expresión del poeta, mil años trascurrieron en la hora de Ayacucho (40).

Ayacucho fué llamado en América la batalla de los generales, como la de los soberanos en Europa. Catorce generales españoles, con todos sus jefes y oficiales, rindieron en ese día sus espadas ante la soberanía de un nuevo mundo republicano. Del ejército realista, quedaron en el campo 1,400 muertos y 700 heridos. La pérdida de los republicanos fué de 300 muertos y 600 heridos. La cuarta parte de los combatientes fué muerta ó herida! (41).

(40) Véase « Docs. para la Hist. de Bolívar », núm. 2620. En una traducción de los versos por J. A. Latman, se encuentra este concepto:

Somos ya nación grande; ya pasamos
Mil años en una hora de Ayacucho.

(41) Para describir la batalla de Ayacucho hemos tenido presentes cuantos documentos y relaciones se han escrito sobre ella; pero guiándonos principalmente por los partes oficiales de Sucre (controlados por el

En esta batalla final, estuvo presente el genio de Bolívar, aun cuando no la mandase en persona; como estuvo presente el espíritu de San Martín, representado por los últimos soldados de su ejército. Sin la concepción del plan de campaña continental de San Martín; sin la creación del ejército de los Andes, su paso de las cordilleras meridionales, sus victorias de Chacabuco y Maipu; sin el dominio marítimo del Pacífico según sus previsiones, su expedición al Perú y su intervención en la guerra de Quito, que terminó en Pichincha, no habría habido Ayacucho. Así también, sin la condensación de la revolución del norte de la América meridional por el genio de Bolívar y su paso de los Andes ecuatoriales; sin Boyacá y Carabobo; sin la organización militar de Colombia, no habría habido tampoco Junín y Ayacucho. Los dos libertadores triunfaban; pero Bolívar coronaba la obra. La noble y simpática figura de Sucre, el vencedor de Pichincha y Ayacucho, se destacaba en segundo término como vínculo de unión entre los dos vencedores de Chacabuco y Maipu, de Boyacá y Carabobo.

enemigo) y la narración imparcial y clara por parte de los españoles del general Camba en sus « Memorias de las armas del Perú », confrontándolas con la versión de Miller, actor en la batalla, así como con los « Recuerdos históricos » del general M. A. López, testigo presencial que complementa todos estos testimonios, que son los únicos que pueden considerarse fundamentales y auténticos.